

## Bosquejo histórico de los Frailes Menores Renovados

Con el Concilio Ecuménico Vaticano II, la vida religiosa recibió un nuevo impulso. Promulgando el *decreto perfectae caritatis* los padres conciliares entendían promover la renovación adaptada de la vida religiosa a través de “*un continuo retorno a las fuentes de toda forma de vida cristiana y a la primitiva inspiración de los institutos y al mismo tiempo con la adaptación de los institutos a las cambiantes condiciones de los tiempos*” (PC 2). Sin embargo, tal renovación, que debía realizarse “*bajo la inspiración del Espíritu Santo y la guía de la Iglesia*” (PC 2) no siempre dio los frutos esperados.

En los años que siguieron inmediatamente a la clausura del Concilio Vaticano II ( 8 diciembre 1965) en toda la Iglesia comenzó un difícil periodo de crisis en el cual también la vida religiosa se vio involucrada al punto que el cardenal Daniélou - en una entrevista concedida a Radio Vaticana en octubre de 1972 - puedo decir no sin sufrimiento:

*“Estamos en presencia de una crisis muy grave de la vida religiosa: no se puede hablar de renovación, sino de decadencia. Es necesario poner fin a toda disposición contraria a las directivas del Concilio. Donde esto parezca imposible no es lícito negar a los religiosos que quieren permanecer fieles a las Constituciones de su Orden y a la directivas del Vaticano II, constituir comunidades distintas. En el caso en que los superiores se opongan a estas peticiones legítimas, recurrir al Pontífice sería más que justificado”*

En aquel mismo tiempo el papa Pablo VI multiplicaba sus exhortaciones para actuar la verdadera renovación de la vida religiosa querida por el Concilio: “*el deseo de quitar de la vida religiosa cualquier artificial ascetismo y toda esterilidad arbitraria para volverla, como hoy se dice, más humana y más conforme a los tiempos, se infiltra aquí y allá en las mentalidades modernas de algunos cristianos, incluso religiosos y puede conducir insensiblemente hacia aquel naturalismo que ya no comprende la locura y el escándalo de la Cruz (cfr. 1Cor 1,23) y que piensa que es razonable conformarse a la cómoda costumbre del mundo...*

*... ésta es sin embargo una nota de la perfección religiosa, que asume particular relevancia en la escuela ascética capuchina; la nota de la fidelidad textual a las formas y, Dios lo quiera, al espíritu de la primitiva observancia franciscana reivindicada incluso antes de la crisis protestante por vía de interna reforma y reconducida a la letra de la Regla y del Testamento del fundador San Francisco”* (Homilía para la beatificación de Ignacio Santhià, 17 abril 1966).

Éstas y otras similes amonestaciones fueron rápidamente recibidas por algunos frailes franciscanos. De hecho, el 5 de junio de 1968 tres frailes menores Capuchinos (padre Crescenzo de Jesi, padre Bonaventura de Gangi y padre Mario de Ostra) obtuvieron de sus superiores el permiso de vivir juntos para observar sin glosa, es decir a la letra, la Regla Minorítica: en ésa se comprende el carisma evangélico donado por Dios a San Francisco. Después de algunos meses se agregaron a la pequeña fraternidad el padre Tomasso de Pollena (que durante 15 años había sido maestro de novicios de la provincia capuchina de Nápoles) y el padre Antonio de Cittaducale.

Después de un primer período transcurrido en la hospedería de las Clarisas Capuchinas de Fabriano se trasladaron a la iglesita de Santa María in Civita, a 3 km de Fabriano. Y fue así como nació “*el movimiento de Fabriano*”. El noticiero de los Capuchinos de Italia escribía así la vida de los frailes de Fabriano: “*según su método, los Capuchinos de Fabriano no han pedido adquirir el lugar ni alguna garantía de continuidad. Por ahora lo restauran para hacerlo habitable, después permanecerán allí hasta que la Providencia no disponga diversamente. Este sentido de lo provisorio, no era una de las características de San Francisco? ha sido así descubierta una de las dimensiones del franciscanismo de los orígenes y se intenta revivirla en el contexto actual*”.

En verdad Fabriano se revelará como la clásica punta del iceberg al interno de la Orden respecto al complejo problema del “retorno” a la Regla. Muy rápido, de hecho, se transformará en lugar de encuentros, intercambios epistolares y personales, visitas cualificadas. Durante un cierto número de años será un punto de referencia para muchos, símbolo de la fatiga espiritual y estructural después del Concilio.

La vida de la Fraternidad de Fabriano estaba inspirada en los *Propósitos de vida franciscana* en los cuales - asegurando el principio de fondo de la observancia integral de la regla franciscana - el empeño de renovación estaba orientado en tres direcciones: pobreza, contemplación y vida comunitaria. Desde el inicio los frailes de Fabriano obtuvieron del Padre General, Clementino de Vlissingen, la aprobación de los *Propósitos de vida franciscana* y el permiso dado a los padres provinciales de acoger eventuales peticiones de otros frailes que quisieran unirse a ellos. Así, el movimiento de Fabriano abrió la puerta a otras experiencias similares.

El 12 de septiembre de 1969 en Bagnella de Omegna (NO), nacía otra experiencia de renovación franciscana por obra de dos frailes menores del Piemonte, padre Umile Minola y padre Leone Giroto. En la revista *Vita Minorum*, fray Umile describió así los inicios de la “*Pequeña fraternidad*”: “*nuestro mini convento ha sido sumariamente obtenido por un viejo círculo recreativo de obreros, adquirido para nuestro uso por parte del clero secular local. No nos hemos presentado camuflados de Sacerdotes obreros, sino como frailes con nuestro hábito y los pies descalzos...*

*...Cuando nos han visto trabajar fuertemente junto a sus jóvenes que nos daban espontáneamente una mano o, en la oficina del herrero, accontentarnos al mediodía de aquel poco que la Providencia no deja nunca mancar a quien incluso hoy busca despreciar el dinero; o cuando a la 1 de la mañana, salían gritando de la cantina que estaba frente a la iglesia de nuestro lugar, se daban cuenta que estaba la luz encendida porque los frailes recitaban allí el Oficio nocturno, han iniciado a darse cuenta que Dios puede ser Alguien bien real en la vida de un hombre... y no han faltado los conmovedores retornos sacramentales”*

Con la ida del Padre Leone a sólo 4 meses del inicio, el programa de pobreza y oración será continuado por el padre Umile junto a Fray Carlos Crevaroli (miembro estable de la “*Pequeña fraternidad*” desde el mes de octubre de 1970). Para ayudar a la exigua comunidad minoritica de Bagnella, vendrá de vez en cuando algún fraile capuchino de Fabriano, aunque temporalmente. La fraternidad, después, se cerró en julio de 1973 año en que los frailes que la componían decidieron unirse a los *Frailes Menores Renovados* pocos meses después de la erección de la Pia Unión.

Ahora veamos, más de cerca, los acontecimientos que llevaron al nacimiento de esta nueva familia franciscana. A partir de 1969 fray Tommaso de Pollena multiplicó los

viajes, a menudo en autostop, a lo largo de la entera península en busca de frailes a estimular, animar, reforzar en el ideal de la renovación franciscana. Sin embargo, los resultados conseguidos no fueron siempre proporcionados a sus esperanzas y a los esfuerzos empleados. Hubo, en efecto, al interior mismo del movimiento, disparidad de visiones acerca de la renovación".

En la primavera de 1971, Padre Guccione, párroco de Torretta, pequeño país del palermitano ubicado en la diócesis de Monreale, expresó el deseo de tener en su parroquia un grupo de frailes del movimiento fabrianese. La invitación fue acogida con alegría. Así, fray Tommaso y fray Bernardo de Novi Velia, estudiante de teología de la Provincia capuchina de Salerno - que había sido novicio suyo - fueron a Torretta.

Después de pocas semanas, para ayudar a las exigencias de estudio de fray Bernardo, ellos se trasladaron a la periferia de Palermo, en zona Sant'Isidoro, en un modesto local compuesto por dos pequeñas piezas alquiladas por el p. Guccione. Al fin del año, se les unieron fray Benigno de Canicatti y fray Onofrio de Bolognetta, quien se quedó sólo unos pocos meses, ambos capuchinos de la provincia de Palermo. La fraternidad se encaminó hacia una cierta consolidación numérica y espiritual.

Su común deseo era el de observar textualmente la Regla de san Francisco, pero permaneciendo dentro de la Orden capuchina, con una estructura que les permitiera recibir novicios, formándolos en el amor y en la fidelidad a la Regla. Sin embargo, después de muchos intentos defendiendo su causa ante el Ministro General, todo resultó vano. ¿Qué hacer? Fue la Santa Sede quien les indicó la vía a seguir: salir de la Orden pidiendo la dispensa de los votos y recomenzar otra vez todo desde cero.

Mientras tanto, en el mes de marzo de 1972, entre esperanzas y muchas dificultades inherentes a la forma de vida pobre y penitencial abrazada, la comunidad de sant'Isidoro recibió confidencialmente el seguridad que la Sagrada Congregación para los Religiosos seguía con benevolencia el experimento en curso. Una tal benevolencia, prelude de la aprobación oficial de la Iglesia, los animó en la fidelidad en el camino emprendido. Después de dos meses, en efecto, el arzobispo de Monreale, Monseñor Corrado Mingo se declaró disponible a acoger los frailes de sant'Isidoro en su diócesis:

"Declaro que estoy dispuesto a aceptar bajo mi jurisdicción para constituir una asociación Religiosa de Derecho diocesano bajo el título de Frailes Menores Renovados, a todos aquellos frailes de las tres familias franciscanas que quisieran vivir integralmente y sine glosa la Regla de la Primera Orden de san Francisco de Asís, según las tradiciones primitivas de la Orden franciscana, actualizadas según la mente del Concilio Vaticano II y las repetidas exhortaciones del Pontífice reinante Paolo VI"(Carta de S.E. Monseñor C. Mingo del 27 de mayo 1972).

Finalmente, en el mes de julio, a los primeros tres - fray Tommaso de Pollena, fray Bernardo de Novi Velia y fray Benigno de Canicatti - se sumaron fray Carmelo de Morano Calabro, fray Girolamo de Caccamo y fray Cristóforo de Palermo. Este grupo de seis frailes capuchinos, promotores de los *Frailes Menores Renovados*, dieron entonces el paso decisivo: el 1° de julio 1972 p. Guccione presentó al secretario de la Congregación para los Religiosos, Monseñor Mayer, su solicitud de secularización.

Después de estos hechos, empezaron a redactar los Estatutos provisionales de la futura Pia Unión, inspirándose en los *Propósitos* de la Fraternidad de Fabriano. Recibida la dispensa de los votos por parte de la Santa Sede, nuestros frailes, el 8 diciembre del

1972, hicieron expresa solicitud al arzobispo de Monreale de erigir la "*Pia Unión de los Frailes Menores Renovados*" La erección canónica ocurrió el 23 de diciembre, aunque se pidió como fecha de principio oficial la Vigilia de Navidad.

Unos tres meses después, con la explícita aprobación de Papa Pablo VI, la Congregación para los Religiosos concedió, *ex speciali indulto Sanctae Sedis*, que "los religiosos, que en circunstancias particulares, se separan de su Instituto, conserven los votos, que la Iglesia, en fuerza de un indulto especial, reconoce como religiosos, a pesar de que el vínculo con el instituto haya cesado. Este mismo reconocimiento, por particular concesión, puede ser extendido también a los votos ya emitidos en la antedicha Pia Unión de los que han pedido y conseguido la separación de su Orden" (Carta de S.E. Monseñor A. Mayer del 4 de abril 1973).

Al principio de julio de 1973 se incorporaron a la Pia Unión fray Umile y fray Carlo, cerrando así definitivamente las puertas de la Fraternidad de Bagnella de Omegna. Pero dejamos la palabra a fray Carlo Maria: "*El 3 de julio de 1973 llegamos a Sicilia. ¡Cuántas incógnitas, cuántos interrogantes! ¿Con qué nos íbamos a encontrar? Es cierto que fuimos a un convento (un convento sui generis) donde había frailes que ya conocíamos, habiendo estado juntos un poco en Piemonte. El viaje, 25 horas, y sobre todo el calor agobiador del sur para mí acostumbrado al templado verano del Norte a los pies de las montañas o en ribera al lago, nos hizo llegar cansados y trastornados. Somos acogidos en la estación y acompañados hacia S. Isidoro...*

*...La iglesia está ya en construcción avanzada y los vagones de los trenes y el prefabricado todavía no está arreglados completamente. Todo es campo abierto sin un hilo de sombra de árboles o alguna cosa. El mismo día de la llegada me han puesto en un vagón del tren ardiente bajo el látigo del calor, capa de romper el hierro; ¡el primer día he probado el calor siculo! En resumen, una vida bastante dura durante unos seis meses...*

*...Obreros que trabajaban en la construcción de la iglesia, del lindero del convento y la cocina, incluso nosotros como podíamos ayudábamos manteniendo nuestros horarios de oración, con la levantada nocturna. Es comprensible por lo tanto el cansancio por el trabajo y el calor. Yo a veces era el cocinero y no siempre había lo necesario para cocinar, y luego empecé a coser los hábitos, digo entre aquellas dificultades de espacio. etc... Como Dios quiso, llegamos a la Inmaculada, inauguración de la iglesia y traslado de la cocina del prefabricado de lámina a la cocina en ladrillo, puesta en eficiencia de los trenes - dormitorio y prefabricado de madera con capilla, todo dentro de la clausura...*

*...¿Cómo describir aquellos primeros tiempos? ¡Difícil hacerlo! Estaba indudablemente el entusiasmo de los principios y además éramos un conjunto tan heterogéneo que se necesitaba un milagro del Señor y el deseo de vivir el ideal franciscano de los orígenes para mantenernos juntos. Todos veníamos de muchas partes de Italia y con diferente formación y educación, y de Órdenes diferentes... Como decía arriba, sólo nos unió el ideal común, seguir a Francisco y su Regla...*

*...Si verdaderamente el Señor ha querido este movimiento franciscano, nosotros somos la prueba que Dios sabe escribir sobre renglones torcidos y se sirve personas más pobres y miserables para hacer resaltar su omnipotencia y que todo viene de Él; ¡somos siervos inútiles! Hemos hecho sólo lo que nos correspondía"*